

todo listo para la nueva empresa que meditaba. En la noche, se hizo á la vela con los cuatro buques, y se dirigió con ellos sobre los fuertes para ocultar la marcha de uno de los brulotes, que se había dejado ir á la deriva á merced de las olas que lo llevaban á la costa. La « O'Higgins » penetró hasta la proximidad del muelle, desafiando los fuegos combinados de los fuertes y las embarcaciones. Cuando el brulote se hallaba como á tiro de fusil, encalló, y una bala de cañon de las baterías de tierra le abrió un rumbo. El viento había caído en ese momento y hallándose muy distantes de la capitana los demás buques que debían sostenerla, el almirante hubo de renunciar á su ataque y dejar que el brulote se fuese á pique.

Dos días después (24 de marzo), intentó Cochrane un nuevo ataque parcial, en que fué más feliz, consiguiendo apresar la goleta « Motezuma » y algunos buques mercantes, apoderándose de algunas lanchas cañoneras. Los marinos españoles despechados, al ver que una sola nave había quedado de centinela en el puerto, hicieron una salida con las fuerzas sutiles con el objeto de abordar á la « O'Higgins. » Á favor de una espesa niebla y de una calma, acercáronse á ella á remo como á tiro de pistola, pero recibidos por algunas andanadas bien dirigidas y habiéndose levantado una ventolina que permitió á la fragata dar la vela, los asaltantes volvieron á refugiarse bajo sus baterías, escapando con dificultad.

« No habiendo producido más que demostraciones inútiles las tentativas hechas », dice el mismo Cochrane en sus « Memorias » y hallándose su escuadra falta de agua y de provisiones, dirigióse con ella al puerto inmediato de Huacho, dejando á la « Chacabuco » en San Lorenzo para cruzar y dar avisos. El 1.º de abril se incorporó en este punto el vice-almirante Blanco Encalada con el « Galvarino » de 22 cañones y el « Pueyrredón » de 16. El almirante resolvió

dividir sus fuerzas, y ordenó á Blanco Encalada que con el « San Martín », la « Lautaro », la « Chacabuco » y el « Pueyrredón » mantuviese el bloqueo del Callao, mientras él con el resto de los buques se dirigía á los puertos del norte.

El almirante extendió su crucero hasta el último puerto del Perú al norte, donde hizo un desembarco y apoderóse á viva fuerza de la plaza y de la artillería de bronce de sus fuertes, haciendo varias presas y esparciendo en las costas las proclamas de O'Higgins y San Martín que anunciaban una próxima expedición libertadora (cap. XXI, § III), que acompañó con una suya en que decía á los peruanos: « Los » repetidos ecos de la libertad que resonaron en la América » del Sur, fueron oídos en la Gran Bretaña, en donde no » pudiendo resistir al deseo de unirme á su causa, determiné » tomar parte en ella. La república de Chile me ha confiado » el mando de sus fuerzas navales. Á ella compete cimentar » la soberanía del Pacífico. Con su cooperación serán rotas » vuestras cadenas. » Á su regreso al Callao encontró abandonado el bloqueo de este puerto. El vice-almirante Blanco Encalada, dando por razón hallarse escaso de víveres, lo había levantado y regresado con sus cuatro buques á las costas de Chile. Cochrane resolvió entonces dar por terminada su primera campaña marítima, que consideró como un simple reconocimiento, habiendo conseguido uno de sus principales objetos, que era encerrar la marina española en el Callao y reducirla á la impotencia, dominada moralmente.

III

El 17 de junio de 1819 entraba Cochrane con sus dos buques á Valparaíso, decidido á tentar nuevamente la destrucción de la escuadra enemiga, poniendo en práctica un plan

que tenía meditado (9). Desde Inglaterra traía en su cabeza dos ideas: introducir en la guerra marítima la novísima invención de buques á vapor aún no generalizada en la navegación, y emplear como principal agente de destrucción los cohetes á la Congreve ensayados con tanto éxito por Nelson en Copenhague y usados por él mismo en el ataque de Aix pocos años antes. No dudaba que con este nuevo proyectil incendiaría la flóta española del Callao, y dióle preferente atención durante tres meses, encomendando su elaboración al ingeniero Goldsack, que había trabajado en el arsenal de Woolwich con el mismo inventor, y al efecto le acompañara desde Inglaterra (10). En presencia del almirante se hizo un ensayo de los cohetes en la bahía de Valparaíso, y quedó plenamente satisfecho de su buena dirección, alcance y

(9) La relación de esta campaña marítima se funda en el testimonio de los historiadores españoles y americanos y en los documentos oficiales correlativos. V. « Memoranda of naval services in the liberation of Chili and Peru from the spanish domination », traducido al castellano con notas con el título de « Memorias », de lord Cochrane. — Miller (testigo presencial) « Memorias », t. I, p. 184 y sig. — Camba, historiador español cit. dice refiriéndose al primer ataque del Callao: « Retiéndose Cochrane con sus buques para reparar las averías que habían experimentado, pocas y de corta entidad para el fuego que se les había hecho y la corta distancia á que lo aguantaron », t. I, p. 304. — Torrente, op. cit. t. II, p. 493 da igual testimonio. — Stevenson (secretario de Cochrane): « A historical and descriptive narrative of twenty years' residence in South-America », t. III, p. 150 y sig. — Véase además por vía de complemento, García Reyes: « Memoria », citada, y Sayago: « Crónica de la marina militar de la república de Chile », *passim*.

(10) En carta de Álvarez Condarco á San Martín desde Londres, de 22 de noviembre de 1818, antes cit. le dice: « Para hacer ir al lord Cochrane me fué preciso entrar en sus planes del buque de vapor, cuya operación debía hacerse con tres mil libras de mis fondos, tres ídem del lord Cochrane, otro tanto más suplido por la casa de Clice, la que no tuvo embarazo en entrar en esta nueva empresa, al mismo tiempo que con quinientas libras con destino á las máquinas y todo el aparato para los cohetes incendiarios. » (M. S. Arch. San Martín, vol. XLIII). Cochrane en sus « Memorias » hace mención del proyecto del buque de vapor, y en la correspondencia de Guido se encuentran referencias á él apoyándolo. (Doc. del Arch. General, M. S.)

terribles efectos (11). Uno de los morteros de nueve pulgadas remitidos por el gobierno de Buenos Aires con tal objeto, fué agregado al material de la escuadra. Esta se aumentó con la fragata « Curacio » de 28 cañones de que antes se dió noticia, la que tomó el nombre de *Independencia*; organizóse para su servicio militar una brigada de marina de 400 plazas, cuyo comando se dió á un distinguido oficial inglés Jagrae Charles, que había hecho la guerra en toda la Europa, y por segundo al mayor Miller. Listo todo, el « Pueyrredón », comandante Prunier, el « Intrépido » (argentino) comandante Carter, y la « Motezuma » capitán Casey, fueron despachados á los puertos del sud para vigilar el paso de la expedición naval de la Península que se esperaba. La escuadra expedicionaria zarpó de Valparaíso dos días después (12 de setiembre), organizada del modo siguiente: la fragata « O'Higgins », almiranta; navío « San Martín », con el vicealmirante Blanco Encalada y capitán Wilkinson; fragatas « Independencia » y « Lautaro », comandantes Forsters y Guise; bergantines « Galvarino » y « Araucano », capitanes Spry y Tomas Crosbie, y dos de las fragatas apresadas al convoy español, la « Victoria » y la « Jerezana » destinadas para brulotes. La confianza del almirante en el éxito de su empresa era tal, que en víspera de dar la vela escribía al director O'Higgins: que el 24 de setiembre á las ocho y minutos de la noche estaría ardiendo la escuadra española surta en el Callao, y que recibiría el parte de su destrucción el 15 de octubre sin falta (12).

(11) Carta de Guido á San Martín, de 28 de agosto de 1819 en que dice: « El ensayo de los cohetes últimamente hecho en Valparaíso desde el mar ha correspondido cumplidamente. La dirección es muy certera, su alcance considerable y sus efectos terribles. » (M. S. Arch. San Martín, vol. LVIII.)

(12) Referencia en carta de O'Higgins á San Martín de 20 de setiembre de 1819. (M. S. Arch. San Martín, vol. XLI). He aquí el texto del párrafo de carta de O'Higgins que es interesante y curioso: « Salió el lord Co-

El 28 de setiembre llegó la escuadra chilena al fondeadero de San Lorenzo, y el 30 envió un parlamentario á tierra retando á la escuadra realista á salir fuera del puerto con los buques que quisiera y ofreciéndose á atacarlos buque á buque y cañón á cañón. « Esta propuesta de dudosa regularidad en los usos de la guerra, dice Miller, recibió una lacónica negativa ; y la medida también inútil, de enviar un cohete á tierra en el bote de parlamento para enseñarlo á los realistas, produjo una impresión diferente de la que se esperaba. » Los españoles estaban bien preparados á la resistencia : habían aumentado sus defensas con una estacada de maderos flotantes que cubría sus embarcaciones y perfeccionado á sus artilleros en el tiro, preparando hornillos de bala roja.

El plan del almirante era penetrar al puerto, hasta ponerse á tiro de los buques españoles, con cuatro balsas de maderos de fuertes explanadas, dos de ellas con coheteras, una con el mortero y otra con el depósito de bombas y municiones, las que avanzarían á remolque, permaneciendo el grueso de su escuadra al ancla á la espera del incendio que ya veía arder en el horizonte. Después de dos reconocimientos previos, situóse Miller en la noche del 2 de octubre á vanguardia del ala izquierda de la línea de ataque, hacia Bocanegra, con una balsa remolcada por el « Galvarino » llevando el mortero, y el « Pueyrredón » con el depósito. Seguían á la derecha las dos balsas con cohetes á remolque

» chrane. Más de cuatrocientos mil pesos ha costado su habilitación, de lo cual se queda debiendo más de las dos terceras partes. El mismo Cochrane confiesa que ni en Inglaterra se equipan mejor los buques. (En sus Memorias dice éste lo contrario.) Han sobrado marineros, y llevan víveres para cuatro meses. En carta particular al dar la vela, Cochrane me dice, que el 24 del presente mes á las ocho y minutos de la noche se hallará ardiendo la escuadra del Callao, y que el día 15 de octubre recibiré su parte. Yo vivo en la seguridad que no faltará Cochrane á lo que me ofrece ».

del « Araucano » y de la « Independencia », mandadas por el capitán Hind y el comandante Charles. Los tripulantes de las balsas iban provistos de salvavidas. Roto el fuego por el mortero á distancia como de setecientos metros, vióse que las bombas llegaban hasta los fuertes, y una de ellas echó á pique una de las lanchas cañoneras del enemigo ; pero inutilizado su afuste y fallando las trincaduras de la balsa, quedó fuera de combate. Los cohetes no surtieron ningún efecto, así por la mala construcción de estos proyectiles, como porque no era posible que las balsas se aproximasen lo bastante á tierra sin ser echadas á pique, y á la distancia á que funcionaron poco daño podían causar aun con mejores elementos (13).

Los españoles tiraban á bala roja y con bastante acierto, Uno de sus proyectiles, ó acaso un accidente, produjo una explosión en la balsa del capitán Hind, resultando éste y doce de sus tripulantes con graves quemaduras. El « Galvarino » recibió algunas averías y tuvo varios muertos, entre ellos su teniente Tomás Baylie que fué dividido por una bala de cañón. Convencido el almirante de la ineficacia del ataque mandó retirar las balsas al amanecer. La pérdida total de los independientes fué de veinte hombres, entre muertos y heridos. Empeñado el almirante en la destrucción

(13) He aquí la crítica que hace O'Higgins de esta operación, informado sin duda por algunos de los oficiales ingleses de la escuadra, enemigos de Cochrane : « Según opinión de muchos, aun cuando todos los cohetes hubiesen sido buenos, habria acontecido lo mismo. 330 piezas de grueso calibre en tierra y los buques de guerra, es más que fuerza suficiente para no permitir buque alguno ni menos á balsas aproximarse dentro del tiro de cohetes, y así es que, muchos que eran buenos no alcanzaron á surtir efecto. » Carta de O'Higgins á San Martín, de 20 de noviembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.) Cochrane, en sus « Memorias » atribuye el mal éxito únicamente á la mala construcción de los cohetes, sin embargo de haber estado á cargo de un ingeniero de toda su confianza y haber quedado satisfecho del ensayo hecho en Valparaíso.

de los buques enemigos, resolvió llevar un nuevo ataque combinado de las balsas con uno de los brulotes para hacer volar la valla de maderos flotantes que los protegía. El resultado fué el mismo de los cohetes. El brulote, conducido valientemente por el teniente Morgall, no pudo avanzar por falta de viento, y acribillado á balazos desde las baterías de tierra, con rumbos de agua, hubo que dar fuego á la mecha antes de tiempo, estallando lejos de la estacada. El almirante tuvo al fin que desistir de su intento; pero sin desanimarse por estos fracasos.

Al día siguiente del último malogrado ataque, avistóse mar afuera una vela extraña, que luego se reconoció ser una fragata. La escuadra salió á darle caza; pero distanciada, y tomándola por un ballenero norte-americano, volvió á su anclaje. El buque avistado era la fragata *Prueba* de 50 cañones, que formaba parte del refuerzo que de la Península debía recibir la escuadra del Pacífico. Más adelante se verá cuál fué su suerte. De los dos navíos que la acompañaban, uno de ellos, el «Alejandro», retrocedió desde la línea á causa de su mal estado, y el otro, el «San Telmo», fué á pique al doblar el Cabo de Hornos. Como uno de los objetos del crucero chileno era interceptar esta expedición, que unida á la escuadra del Callao habría dado la preponderancia marítima á los españoles, el almirante que ignoraba lo sucedido, y suponiendo hubiese recalado á Arica, se dirigió á este puerto con toda la escuadra. De regreso de esta inútil excursión, volvió á presentarse por dos veces en el horizonte la «Prueba» á la manera del buque fantasma; pero después de inútiles tentativas para penetrar al Callao desprendió un bote con oficios para el virrey, en que anunciaba su retirada á Guayaquil para ponerse en salvo. Cochrane decidió ir en su busca. Al efecto, despachó á Valparaíso con el vicealmirante Blanco Encalada el «San Martín» y la «Independencia», conduciendo los enfermos, que eran numerosos

por efecto de las calenturas malignas de aquella región que se habían propagado en las tripulaciones. Dispuso, que mientras él se dirigía á las costas del norte, el capitán Guise con la «Lautaro», el «Galvarino» y el transporte «La Jerezana», llevando un destacamento de 350 hombres de infantería de marina, verificase un desembarco en Pisco con el objeto de proveerse á costa de los realistas, de víveres frescos y de los renombrados aguardientes de aquella comarca. Llegado á la boca de la ría de Guayaquil (27 de octubre) con los tres buques restantes, encontróse allí con dos fragatas, que atacó y rindió después de un vivo cañoneo de veinte minutos: eran el «Águila» y la «Begoña» dos de los transportes salvados del convoy de la «María Isabel», armados de 20 cañones cada uno, con un rico cargamento de maderas. Por los prisioneros supo, que la fragata que buscaba, aligerada de su artillería, había remontado el Guayas, y se hallaba en bajo fondo fuera de su alcance al amparo de las fortalezas de tierra. Dejando al «Pueyrredón» y al «Galvarino» posesionados de la isla de Puná que domina todo el golfo de Guayaquil, en observación de los movimientos de la «Prueba» y despachando la «Lautaro» á Valparaíso con las presas, puso la proa al sud con la almiranta.

Mientras tanto, Guise con su expedición había practicado la operación que se le encomendara. Pisco, según los españoles, hallábase guarnecido por 400 infantes, 80 caballos y 4 piezas de campaña, y contaba con un fuerte artillado para la defensa del puerto, y á estar al testimonio de los oficiales patriotas, la fuerza pasaba de 800 hombres. Á pesar de la superioridad numérica, Charles y Miller con sus infantes, apoyados por un destacamento de marineros con coheteras, desembarcaron y atacaron gallardamente á la bayoneta sin disparar un tiro, arrollando la fuerza enemiga, que se refugió en el pueblo, de donde fué desalojada á vivo fuego. En este encuentro fué mortalmente herido el comandante

Charles, que terminó allí una carrera llena de esperanzas, quedando atravesado Miller por tres heridas. Por cuatro días permanecieron los independientes dueños de Pisco. Reunida poco después toda la escuadra en el puerto de Santa al norte del Callao, formó Cochrane allí su resolución. Él no volvería á Valparaíso sino triunfante, y triunfaría solo. Con este propósito, se desprendió de todos los buques de la escuadra, que enderezó como los demás á Valparaíso, y quedó solo con la « O'Higgins » (14). Una nueva y fabulosa hazaña, digna de las que habían ilustrado su nombre, iba á inmortalizar este crucero comenzado bajo tan desfavorables auspicios.

IV

Oigamos al mismo Cochrane en este momento que iba á decidir de su destino americano. Al dispersar el crucero, había escrito al gobierno de Chile : « Me hallo cansado de estas » operaciones, y enfermo de disgustos y de sentimiento, » siendo imposible inventar medio alguno de hacer daño al » enemigo » (15). Reconcentrándose en sí mismo, se decía : « Me hallaba contrariado por no haber conseguido mi intento » en el Callao. El pueblo de Chile esperaba imposibles, y á » fin de satisfacer mi amor propio herido, trabajé por en- » contrar un hecho que ejecutar y que correspondiese á tales » esperanzas. No tenía más que un buque, y por consiguiente » no había que consultar á nadie. Tenía el designio de cap-

(14) Compárese la narración de esta segunda campaña marítima de Cochrane, con las autoridades en que se funda la de la primera mencionadas en la nota de este capítulo, además de los documentos inéditos en su lugar citados.

(15) García Reyes: « Memorias », en « Hist. general de la Rep. de Chile » t. IV, p. 65.

» turar con la almiranta y de un solo golpe de mano, los » numerosos fuertes y la guarnición de Valdivia, punto que » se había creído hasta entonces inexpugnable. Estaba re- » suelto á no emprenderlo antes de haberme asegurado de » su practicabilidad. La temeridad, bien que se me haya » imputado muchas veces, como una cualidad, no es inhe- » rente á mi carácter. Hay temeridad en aquellas empresas » en que no se calculan las consecuencias ; pero cuando » éstas son previstas, la temeridad desaparece » (16).

Pasada la latitud de Valparaíso, paseábase taciturno sobre el puente de la « O'Higgins » sumergido en profunda meditación. De improviso, acercóse al mayor Miller, que no bien repuesto de sus recientes heridas, mandaba la guarnición de la almiranta y le dijo en inglés : « ¿ Qué dirían si yo con es- » te solo buque me hiciese dueño de Valdivia ? » Como lo observa un historiador, estas preguntas que indican una resolución tomada, no se contestan por los subalternos, y Miller se limitó á inclinar la cabeza en señal de obediencia. Él se contestó á sí mismo, agregando : « Dirían que soy un loco ! » Y en seguida, con acento reposado y con una lógica en que las probabilidades militares y morales se combinaban, empezó á desenvolver su teoría de la prudencia en la temeridad, como condición de éxito seguro. « Calculando fría- » mente, díjole, aparece á primera vista una locura la toma » de Valdivia ; pero esto mismo es una razón para intentarlo, » puesto que los españoles consideran imposible que lo inten- » temos siquiera. Las operaciones que no espera el enemigo » son casi seguras, cuando se ejecutan bien, cualquiera que » sea la resistencia, y la victoria justifica siempre la empresa » de la imputación de temeraria » (17).

(16) Cochrane : « Memorias » cit., p. 37-38.

(17) Miller : « Memorias », t. II, p. 241. — Vicuña Mackenna : « La guerra á muerte », p. 128.